

LOS CRÍMENES DE PEÑAFLOR

VISTA DEL PROCESO

SEVILLA, 7, 4 T.

TERCERA SESIÓN

A la sesión de hoy asiste más público que en días anteriores, sin que lo lluvioso del tiempo haya sido obstáculo para que un gentío inmenso permaneciera esperando en la puerta de la cárcel la hora de comenzar el acto.

Los procesados entran en la sala á las doce y media, pues el presidente quiere evitar que se reproduzcan las escenas que motivaron en la sesión anterior la curiosidad del público.

Aldije, que se halla tan animado como ayer, aprovecha el tiempo que falta para que comience el juicio fumando un cigarrillo.

Muñoz, envuelto en su manta, permanece inmóvil en la butaca; de vez en cuando alza los ojos, que están apagados, sin vida.

PRUEBA TESTIFICAL

A la una menos cuarto ábrese la sesión, y comienza el desfile de los testigos presentados por la acusación privada.

Declara en primer término D. Laureano de las Conchas, expolicía, cuyas cartas, publicadas en *El Liberal*, de Sevilla, dieron por resultado el descubrimiento de los crímenes cometidos en el Huerto del Francés.

La declaración de este individuo redúcese á referir lo que publicó en las cartas mencionadas, explicando de paso cómo pudo averiguar que los autores de los crímenes de Peñafior eran Aldije y Lopera.

Federico González dice que era amigo de Muñoz, á quien vió la noche del 3 de Noviembre en la estación, esperando á un amigo.

El testigo añade que, en efecto, Muñoz Lopera registraba los vagones buscando á una persona.

Comparece después el cabo Atalaya, que era comandante del puesto de la Guardia civil de Peñafior cuando se descubrieron los crímenes.

A preguntas del fiscal y del acusador privado, dice que el Francés, en su primera declaración, manifestó que no sabía más que se organizaban partidas de juego en el Huerto, para las cuales preparaba el declarante la mesa; después prestó otras declaraciones, sin conseguir que se ratificase en ninguna de ellas.

Aldije, al escuchar, sonríe irónicamente.

Añade el testigo que Aldije tenía constantemente cerradas las puertas de la conejera, «tanto es así, dice, que al reconocerla yo por primera vez, tuve necesidad de pedir la llave á la familia del Francés».

Niega que exista camino desde la estacada hasta el postigo que hay en el muro del huerto, pues todo el terreno próximo, que es el correspondiente al arroyo de las Moreras, estaba sembrado de hortalizas.

A preguntas del defensor de Aldije, dice que es fácil entrar en el huerto por la puerta que da al arroyo de las moreras, pero que para salir por éste, es necesario pasar por el portón principal.

El testigo añade por su cuenta que le interesa hacer constar que ninguna de sus manifestaciones pudo servir para advertir al Francés que iba á registrarse el huerto, ni influyó, por tanto en su huida lo que la Guardia civil hizo.

Contestando al acusador, dice que en el comedor de la casa encontró una chaqueta con manchas de sangre en el dobladillo de una manga; esta chaqueta crece el testigo que pertenecía á Aldije.

LA CRIADA DE ALDIJE

Comparece la anciana María Fernández Conesa, criada que fué de Aldije.

Pregúntala el presidente la edad que tiene y contesta que á nadie interesa este detalle.

Su declaración ofrece poco interés, pues se limita á confirmar la amistad que unía á su amo con Lopera.

Confirma que entraban cerdos en el huerto, pero no sabe si pasaban á la conejera ó quedaban fuera de ésta.

Asegura que en la conejera entraba sin dificultad todo el que quería, y recuerda que las llaves todas de la casa, incluso las de las dependencias del huerto, estaban siempre colgadas de un clavo en la cocina.

TESTIGOS RENUNCIADOS

El acusador privado renuncia á la declaración de varios testigos que tenía citados, entre ellos á los hermanos de Lopera, Eduardo y Manuel.

El defensor de Aldije pide que algunos de aquéllos sean examinados y entra en la Sala en primer término Dolores García Ramos, que prestó sus servicios durante mes y medio en casa del Francés.

Esta muchacha, que sólo tiene catorce años, asegura que en el domicilio de su amo entraban muchas personas distinguidas de Peñafior. Afirma que la puerta de la conejera tenía candado; pero que jamás llegó á cerrarse con llave, pues aquél se corría y descorría con facilidad.

Como la otra criada, niega que la entrada en la conejera estuviese prohibida, pues recuerda que pasaba todo el que se lo proponía.

OTRA CRIADA

Rosario Anguita, niña de doce años, que también fué criada de Aldije, comparece ante el Jurado; pero su declaración no encierra el menor interés.

Al abandonar la sala esta testigo, encarase con su antiguo amo y le dice adiós con gesto cómico.

Esta despedida produce gran hilaridad en el público.

JUAN NAVAS

Este es el minero á quien Aldije autorizó para que sacase tierra de la conejera y fué empleado en el huerto por aquél.

En su declaración, dice que limpió la conejera de las piedras sueltas y de las desprendidas de los lados, sacando también tierra para hacer una pequeña obra en un sitio muy próximo á la puerta, como á media vara de donde más tarde aparecieron los cadáveres.

Agrega que nadie le interrumpió en la operación, pues sólo el cuñado del Francés díjole que no sacara aquella tierra, pues por ser mantillo era mala para la obra y buena para el laborio.

OTROS TESTIGOS

Carlos Parías, rico labrador de Peñafior, confirma la buena conducta del Francés, aunque nada sabe de las intimidades de su vida.

Antonio Parías, hermano del anterior, hace análogas manifestaciones.

Pedro García, socio y el más asiduo concurrente al Casino de Peñafior, dice que Muñoz y Aldije saludábanse con frecuencia de este modo: «¡Adiós, palomo ladrón!» «¡Adiós, gran criminal!»

Estas manifestaciones producen sensación en el público.

Francisco Carrera no dice nada que merezca consignarse.

José Carrasco Carranza niega que el rumor público señalase el huerto del Francés como sitio donde se hallaba el cadáver de Rejano.

En Peñafior, añade, nadie sospechó ni tenía por qué sospechar de la conducta de Aldije, pero aunque así hubiera sido no podíamos figurarnos que hubiera un cadáver en el huerto.

José Bello dice que el Francés prestaba a

razón de peseta por cada 25, al mes; que en el huerto se entraba sin dificultad, pues nadie ponía el menor obstáculo; pero que la conejera se hallaba siempre cerrada con un candado.

Recuerda que Aldije, que en un principio no tenía dinero, mejoró, con el tiempo, de fortuna; pero ignora qué negocios manejaba.

Al terminar su declaración este testigo, suspéndese el juicio por treinta minutos.

Durante este interregno, Barrera obtiene algunas fotografías con magnesio.

Un hijo del Francés acude á abrazar á su padre, y sin que nadie pueda evitarlo, permanece entre sus brazos un buen rato.

Al reanudarse el acto comparece José Siles, que refiere la entrevista que tuvieron en Posadas el día 31 de Octubre Lopera y Rejano. Pocos días después dice que fué llamado por la viuda de Rejano para preguntarle por su esposo, pues aquella sospechaba que le hubiera ocurrido una desgracia.

Luis Quesada fué quien entregó á Rejano 6.200 pesetas para la partida de rueda que se hallaba éste preparando.

Pocos días después de la desaparición de su amigo hizo este testigo, en compañía de Moredano, algunas indagaciones para averiguar el paradero de Miguel, avistándose al efecto con Lopera, quien les enseñó una carta de Rejano, indudablemente falsa, pues éste y Muñoz habíanse visto recientemente en Sevilla y no tenían por qué cambiar correspondencia.

LA MUJER DEL «FRANCÉS»

Al llamar el ujier á Eloisa Méndez, esposa del Francés, el acusador renuncia á esta testigo; pero el defensor pide que declare.

La presidencia, en cumplimiento de lo que la ley dispone, adviértele que puede ó no declarar en el juicio, según desee.

La mujer del Francés insiste en declarar, y empieza afirmando que su esposo fué siempre buen marido y un excelente padre.

Confirma lo dicho por algunos testigos respecto á la entrada en el huerto, pues nadie encontró nunca para ello dificultades ni obstáculos.

Añade que su esposo padecía reuma articular, que en algunas ocasiones le obligaba á guardar cama, imposibilitándole todo movimiento.

Dice que los perros que poseía Víctor, andaban sueltos por el huerto, y en ocasiones entraban en la conejera á perseguir á los conejos.

Afirma que la puerta de la conejera estaba casi siempre entornada, y recuerda que una vez echaron de menos la llave de la puerta de las moreras y no pareció.

Al salir la mujer de Aldije, que no mira siquiera á su marido, Lopera sufre un desmayo y se le reanima dándole un caldo y un vaso de vino.

EL HIJO DEL «FRANCÉS»

Victor Aldije, hijo del Francés, afirma que su padre padecía dolores reumáticos que le quitaban la fuerza en absoluto. «Con un dedo, añade, se le podía vencer.»

A preguntas del defensor dice que su padre es de un carácter vivo, de gascón refinado

Refiere algunas escenas para demostrar que su padre sufría desmayos al ver la sangre de un cerdo ó de una gallina.

La declaración de este testigo escúchase sin interés.

El defensor prolonga el interrogatorio y Víctor cuenta cómo fué presentado su padre al pueblo de Peñafior desde el balcón del Ayuntamiento. «Estaba, agrega, entre dos autoridades y cerca de ellos el alcalde, que al enseñarlo al público, dijo: ¡Ahí tenéis el mayor criminal de Europa!»

Asegura que viene al Tribunal convencido de la inocencia de su padre y por cumplir un